

Presentación

Intrusa

«Me habita otra mujer.
Una extraña, una intrusa
que no alcanzo a entender».
Clemencia Tariffa

Con la voz ciclónica y crítica de la poeta Clemencia Tariffa, hija adoptiva de Santa Marta, iniciamos esta experiencia lectora. *Paz en femenino III* reúne las voces de doce escritoras del Caribe colombiano que, desde la poesía y la narrativa breve, hilvanan un tapiz plural donde la memoria se borda con hilos de resistencia, sensibilidad y esperanza. Esta compilación reafirma el valor de la mirada femenina en la creación literaria en tanto abre caminos de expresión y representación que desestabilizan los relatos dominantes y otorgan presencia a la experiencia cotidiana de las mujeres en su dimensión histórica, política y afectiva.

El libro traza un mapa sensible de nuestro territorio, tejido de memorias, formas de ver el mundo, desde la más profunda intimidad, con mil ventanas que se abren para observar-escribir-sentir. En sus páginas habita el Caribe como geografía del alma, con sus aguas, cantos, madres y ancestras, pero también con sus fracturas y silencios. Los poemas de Daniela Carolina Locarno, como «Bullerengue para resistir», nos sitúan frente a la fuerza de los cantos

tradicionales que transforman el dolor en pulso sonoro, mientras que la poesía de Sandra Milena Fontanilla explora la corporalidad y el deseo como territorios, fronteras donde se negocian poder y libertad.

La pluralidad temática se nutre con la voz de Gavela, que en «El sueño de la ceiba» convoca a los ancestros y a la tierra como fuentes de resistencia, fuerza telúrica inagotable, necesaria y muchas veces olvidada, y con los textos de Dayana Marcela Jiménez, que en «El mar ha de ser mujer» convierte al paisaje marino en metáfora de la feminidad. Asimismo, los versos de Gina Marcela Hernández dialogan con las marcas del cuerpo y el espejo como espacios de disputa esencial entre el ser, el yo y las idealizaciones o expectativas de los otros, mientras Glenys Giomar Arévalo entrelaza su herencia afrodescendiente en poemas que reafirman la autonomía y la resiliencia.

La memoria íntima también encuentra lugar en los poemas de Luzmila Bermúdez, donde la paz se evoca desde lo doméstico —la taza de café de la abuela, el gesto solidario con la vecina— como un acto profundamente político y simbólico. A su vez, los microcuentos de Carmen Lorena Romero y Matilde Bolaño develan con crudeza experiencias de violencia obstétrica, los dilemas de la autenticidad y los costos emocionales del éxito, situando la voz femenina en escenarios que subvierten los roles esperados y transitan a otras formas de emancipación que ponen de manifiesto ausencias, presencias y dolores muchas veces silenciados.

Cada relato y cada poema de *Paz en femenino III* confirma que la escritura es un acto de resistencia y de afirmación del ser. La politicidad de lo doméstico, la reconstrucción

de las memorias familiares, la denuncia de violencias históricas y la representación simbólica del territorio, del ser en el Caribe colombiano, con sus complejidades y alegrías, se entrelazan en una obra que no solo recoge testimonios estéticos, sino que también se convierte en un ejercicio de memoria colectiva con perspectiva de género.

En su conjunto, este libro es un canto donde las voces de las mujeres del Caribe colombiano afirman que la paz no es un precepto lejano, sino una práctica diaria hecha de palabras, cuerpos y memorias. *Paz en femenino III* nos invita a leer, escuchar y reconocer que, a través de la literatura, las mujeres están bordando los hilos de una paz posible, tejida desde la diversidad, el respeto y la dignidad.

Este volumen hace parte de la *III Convocatoria y Encuentro Interdisciplinario de Artes Paz en Femenino «El arte de bordar memorias»*, impulsado por la Vicerrectoría de Investigación, la Dirección de Proyección Cultural, el Museo de Arte, el Programa Editorial y el Centro de Innovación y Emprendimiento (CIE) de la Universidad del Magdalena con el propósito de consolidar un espacio de investigación-creación y visibilización de las voces femeninas en el campo artístico y literario. Con ello, la institución reafirma su compromiso con la construcción de memorias de paz y equidad de género en el Caribe colombiano, y contribuye a que la palabra escrita y el arte se constituyan en puentes de diálogo, reconocimiento y transformación social.

Mg. Ibeth Noriega Herazo
Directora
Proyección Cultural
Universidad del Magdalena



Poemas





Título: *Silencio dorado*

Artista: Alessandra Gargiulo Pimienta

Tipo de obra: pintura

Técnica utilizada: óleo sobre lienzo



Poemas de Daniela Carolina Locarno Cogollo

Bullerengue para resistir
Cinco cantos para no morirme

La diosa La memoria nace del agua

Yo soy quien soy, y el universo me hizo así:
perfecta y antiestética, con mil colores
latiendo bajo la piel.
Nunca fui convencional ni civilizada;
me crié entre canciones, en las profundidades del mar,
en la montaña, oyendo con atención sagrada
las historias de los pescadores.
La tierra celebró mi existencia.
Fui llenándome de gracia y de defectos, a pie descalzo,
poco a poco, caminando los senderos de mis ancestros,
jugueteando con los peces en las aguas
cristalinas de Gayraka,
cabalgando la ruta de los Hermanos Mayores,
mirando los atardeceres desde las piedras.
Primitiva en mi esencia, bruja rebelde,
con callos en las plantas de los pies y en el alma.
Trinitaria.
El sol y la lluvia devastaron mis flores,
pero una y otra vez volví a brotar pétalos.
Soy fruto deseado, caballo de Troya, musa,
diosa espiritual,
tentadora, sensual, Macondo hecho mujer.
Llevo en mis venas las penas de Úrsula Iguarán;
soy esa madre que llora por el fruto
que latió tan adentro que rompe,
y tan bello que duele.

El hijo **El idilio antes del ojo**

¡Es un varón! Míralo bien, que no te lo cambien.
Mira sus ojos grises, su cabellera larga, sus
chácaras rosadas.
Es él. Es tuyo. Es para siempre.
Se parece a tu padre. Es igualito a ti.
En cuero y a pie descalzo lo trajiste a este mundo.
Críalo, cuídalo, hazlo un buen hombre.
Él te dirá «mamá» con la voz del asombro.
Estarás ahí, noches enteras sin dormir,
rezándoles a los dioses antiguos para que lo protejan.
Serás leona: lamerás sus tristezas,
remendarás calzoncillos azules con ternura invisible.
Le darás la mano en las fiebres,
recolectarás hierbas en el monte para aliviar sus dolores.
Así pasarán tus días, y sus noches.
Te crecerá el cabello, se ensancharán tus caderas,
y serás tan fuerte como una roca antigua.
Recolectarás tus lágrimas en un frasquito
y las enterrarás en tierras lejanas,
donde no te alcancen, donde no lo toquen.
Y en ese sueño tibio de media tarde,
solo anhelarás, apenas un poco,
un sorbo de su compasión.

La predicción **La mano blanca y el velo rasgado**

Pero una tarde verás un fallo en la lógica:
la madre invierno tal vez no llegue a tiempo,
la luna no sonreirá,
y las gaviotas no alcanzarán el mar.
Ese día las golondrinas llorarán.
El velo se rasgará desde abajo
y los cañahuates florecerán antes de tiempo.
Entonces las viejas gritarán:
—¡Vientos huracanados, vendavalito!
¡Corran, que ahí viene la mano blanca!
¡Cierren las puertas! ¡Cierren los ojos de los niños!
No podrás escapar. Te atrapará.
Aquella mano gigante, malvada,
se enroscará en tu cuello
y te estrellará contra la pared de la habitación.
Y justo antes del golpe final,
mientras la conciencia se te escurre por los ojos,
verás cómo toma al niño que llora en su cuna,
le acaricia el rostro, y se esfuma por los aires.
Estarás sola. Moribunda.
Entrarás en conciencia,
te arrastrarás por los suelos,
y ahí estará él: con los mismos ojos grises de siempre,
pero con la mancha de la violencia impresa en ti.
De ese ser demoníaco te librarás por años. Nunca volverá.
Pero algunas tardes frescas de mayo la bestia saldrá.
Con otra piel. Otra voz. Otra mano. Más ardor. Más furor.

Esta vez quemará más que antes, más que
nunca, más que todo.
Consultarás sabios, curanderos, dioses pequeños.
Probarás menjurjes extraños,
invocarás nombres sagrados.
Pero nada funcionará. Nada lo calmará.
Todo te desesperará.
Tendrá más fuerza, y tú ya no querrás seguir peleando.
Con voz quebrada dirás:
—Hijo, no me pegues.
Y mientras soportas sus formas violentas,
le darás la mano, un beso,
y con gotas de miel limpiarás
la mancha de la violencia que se te ha pegado al alma.

La bruja Cantar para no morirme

Esperarás paciente, como una fotografía que
la lluvia alcanzó:
de mil colores, con manchas,
con la sonrisa disuelta entre la tinta.
Aun así, tomarás tu falda luyida por los años,
la meterás entre tus piernas,
y te agacharás para enseñarle a leer, a escribir, a soñar.
Llevarás su mano sobre la hoja,
como los otoños que, con hermosura, todo lo arrasan.
Serás esa voz dulce, paciente, la que dice:
—Vuélvelo a intentar.
Pero la mancha volverá a brotar.
Verás su rostro, enfurecido, escupiendo veneno:
—Negra. Negra de los demonios. Estúpida
mujer. Pordiosera.
Y otra vez los vientos huracanados se levantarán.
La mano de él, la luz de tus ojos,
se alzarán para castigarte.
Aun así, seguirás escondiendo tus lágrimas.
Cantarás bullerengues tristes para consolarte.
Pasarán once primaveras.
Se hará más grande que tú,
mientras te susurra al oído:
—Te odio.
Y tú lo amarás como el primer día,
cuando, adolorida en una camilla de hospital viejo,
le diste nombre.
Y él te castigará por haberlo llevado en tu útero,

por ser como eres,
por bruja,
por negra de pelo prieto,
por tus libras de más,
por los cigarrillos que te fumas mientras cocinas,
por amar sin límites,
por poeta,
por soñadora,
por los abandonos y por todos los fracasos.
Pero te alzarás de entre las cenizas.
Seguirás cantando fuerte,
aunque las manos blancas
sigan deambulando por tus callecitas coloridas.